

RESEÑAS

Gaspare M. Genna y David A. Mayer-Foulkes (eds.), *North American Integration: An Institutional Void in Migration, Security and Development*, Nueva York, Routledge, 2013, 263 pp.

El libro que estamos reseñando fue publicado en 2013, a las puertas de que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) cumpliera veinte años. Analiza lo que este Tratado no ha hecho todavía en términos de integración regional y cooperación, y por lo tanto lo que le queda por hacer para que se convierta en un espacio que facilite la solución conjunta de problemas –migratorios, de seguridad y de desarrollo– de Canadá, Estados Unidos y México. Esta obra es fruto del trabajo conjunto e interdisciplinario de un grupo de 19 académicos de América del Norte (tres de ellos trabajan en Canadá, siete en Estados Unidos y nueve en México), y ha sido editada por Gaspare M. Genna (profesor asociado del Departamento de Ciencia Política en la Universidad de Texas en El Paso, Estados Unidos) y por David A. Mayer-Foulkes (División de Economía del Centro de Investigación y Docencia Económicas, ciudad de México).

Con la puesta en marcha del TLCAN, en 1994, se inauguró un nuevo modelo regional en América, promotor básicamente de la creación de zonas de libre comercio con cooperación puntual en algunos temas (como por ejemplo el fomento de la democracia o la lucha contra el narcotráfico). Lo anterior no es integración regional, aunque algunos especialistas lo nominan así. En cambio, con la integración regional se quiere abrir las fronteras, conseguir el libre movimiento de las personas y del resto de factores, institucionalizar la cooperación para fortalecer la seguridad y la prosperidad, y favorecer el tratamiento de muchas otras áreas de interés conjunto para los países participantes. Estas acciones permiten fortalecer, al mismo tiempo, la identidad regional.

Actualmente, el proceso regional norteamericano no trata –o no trata suficientemente– temas como la migración, la seguridad, la salud, etc., que son de suma importancia para los tres países. A partir de estas ausencias, los autores buscan alternativas al regionalismo norteamericano actual, a través de la constitución de instituciones que generen integración regional y que cubran los vacíos existentes frente a los retos de una agenda regional más exigente. De acuerdo con la creencia que aparece en este libro, si se cubren los vacíos institucionales –*leitmotiv* de la obra– la integración norteamericana será más amplia y más profunda, y también más eficaz en términos de resultados de desarrollo propio y de potencia y presencia internacional. Las instituciones regionales faltantes, una vez creadas, permitirán a los países miembros del TLCAN superar los fallos del mercado, resolver los problemas de coordinación y eliminar los obstáculos para la cooperación económica y de otra índole.

El libro está compuesto por tres bloques, que incluyen cuatro trabajos cada uno. En el primero se tratan los determinantes de la integración, en el segundo algunos ejemplos de construcción institucional en América del Norte y en el tercer bloque los asuntos económicos y de seguridad en la integración regional.

El primer bloque comienza con el trabajo de Gaspare M. Genna. Éste se pregunta sobre qué se necesita para construir una Comunidad Norteamericana. El autor asume que existe la necesidad de que se profundice la integración regional con cesión de soberanía para resolver problemas comunes como la migración, la seguridad y el desarrollo. Genna plantea que las condiciones óptimas para que esto ocurra se apoyan en la existencia de los líderes regionales favorables a la integración y en que los países miembros sean homogéneos en términos de instituciones y de niveles de desarrollo económico. El segundo trabajo, de Julián Castro-Rea (Departamento de Ciencias Políticas de la University of Alberta, Edmonton, Canadá), se centra en el hecho ideológico y en la manera como éste impulsa la actuación contradictoria y heterogénea de la derecha política, o los partidos conservadores, en los tres países norteamericanos. Dicha contradicción va en contra del avance de las instituciones en el espacio regional, de modo que

impiden el avance de las distintas políticas comunes. En el tercer trabajo, de Emma R. Norman (Departamento de Relaciones Internacionales en la Alliant International University, ciudad de México), la autora discute la noción de Hannah Arendt de *superfluidad humana* y la crítica de los derechos humanos, en el marco de la inmigración y los vacíos institucionales en la integración norteamericana. Norman plantea que la integración regional promete cooperación en la movilidad de personas. Sin embargo, en el caso de América del Norte sigue faltando una visión regional de este asunto, que además no permite proteger adecuadamente los derechos humanos de los migrantes. El último trabajo de este bloque, elaborado en coautoría por David A. Mayer-Foulkes y por Raúl García-Barrios (Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México, Cuernavaca, México) vincula, desde la perspectiva mexicana, dos conceptos fundamentales como son la democracia y el desarrollo. El objetivo del capítulo es establecer una discusión objetiva de los diversos paradigmas de la economía política y contribuir con una síntesis de éstos que sirva para evaluar y formular una política para el bien común en México.

El segundo bloque abre con un trabajo de Kimberly A. Nolan García (División de Economía en el Centro de Investigación y Docencia Económicas, ciudad de México) sobre la evolución de la cooperación laboral y la revisión del Acuerdo de Cooperación Laboral de América del Norte (ACLAN). La autora maneja la tesis de que las instituciones regionales existentes, aunque necesarias, no son suficientes para promover esta cooperación entre los países miembros, con que queda pendiente la creación de nuevas instituciones y un espacio para resolver controversias. Le sigue un trabajo sobre la movilidad de los trabajadores temporales agrícolas en el espacio norteamericano, lo cual es un asunto ignorado en las negociaciones del TLCAN. Este capítulo ha sido elaborado en coautoría con Christina Gabriel y Laura Macdonald (ambas profesoras del Departamento de Ciencias Políticas en Carleton University, Ottawa) y se centra en el análisis de los derechos sociales y las situaciones de vulnerabilidad de los trabajadores migrantes agrícolas mexicanos en Canadá. Apuntan las autoras que con la mayor cooperación

intersectorial de la sociedad civil es como realmente se están dando pasos para impugnar los marcos legales vigentes y para promover nuevos derechos de estos trabajadores. El tercer trabajo de este bloque es responsabilidad de Jane H. Bayes (profesora en el Departamento de Ciencias Políticas en la California State University, Northridge, Estados Unidos) y de Laura González (Mid-Atlantic Addiction Research and Training Institute en la Indiana University of Pennsylvania, Indiana). Las autoras parten del reconocimiento de la realidad de lo que como espacio regional es actualmente el TLCAN, a diferencia de lo que es la Unión Europea. Su trabajo analiza, desde la perspectiva mexicana, el interés para México –y también en menor medida para Canadá y los Estados Unidos– de que este Tratado evolucione hacia una integración más profunda de Norteamérica, y la clase de instituciones que se necesitan para que esto ocurra. Siguiendo el ejemplo de México y su diáspora, sostienen que esto va a ocurrir desde las organizaciones de base. El bloque cierra con un capítulo en el que se plantea un interrogante, desde un enfoque de derechos humanos, sobre la reforma sanitaria estadounidense de 2010 y la garantía de la asistencia sanitaria para los inmigrantes en Estados Unidos. Este cuestionamiento se hace dentro del marco regional –porque, nuevamente se insiste, hay un vacío institucional–. El autor, Nielan Barnes (Departamento de Sociología en California State University, Long Beach), presenta la última reforma sanitaria estadounidense como una oportunidad para avanzar en servicios sociales y sanitarios más democráticos y efectivos.

El último bloque del libro agrupa trabajos alrededor de la temática económica y de seguridad en integración. El capítulo que lo inaugura es el de Roberto Domínguez (profesor en el Departamento de Gobierno en Suffolk University, Boston) y el de Rafael Velázquez (Facultad de Economía y Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Baja California, Tijuana). En este trabajo se examina la institucionalización, por medio de la cooperación, de las medidas de seguridad de los tres socios del TLCAN; y se defiende que la comprensión de la seguridad debe tener una visión regional. Desde la perspectiva regional norteamericana, este análisis de la seguridad se hace a través de las ideas presentes,

de las percepciones, de los principios y de las políticas. Le sigue un trabajo sobre la seguridad en las fronteras y la incertidumbre en el comercio entre Estados Unidos y Canadá. Coral R. Snodgrass y Guy H. Gessner (Departamento de Gestión y en el Departamento de Marketing y Sistemas de Información en Canisius College, Buffalo, Estados Unidos) llegan a la conclusión de que las instituciones que se han ido creando para regular la seguridad fronteriza han ido siempre por detrás de la toma de decisiones de los gestores de Canadá y Estados Unidos, responsables de mantener el funcionamiento de las cadenas de suministro que unen a las dos naciones. El tercer trabajo de este bloque versa sobre la violencia provocada por las drogas y la migración forzada de México a los Estados Unidos. Eva Olimpia Arceo-Gómez (División de Economía en el Centro de Investigación y Docencia Económicas, ciudad de México) estudia el impacto de la guerra contra el narcotráfico del presidente mexicano Felipe Calderón (2006-2012) sobre la escalada de violencia en México. La autora presenta este caso como un ejemplo de la preocupación para los socios regionales por la falta de instituciones nacionales eficaces. Entre otras implicaciones, el aumento de la violencia ha impulsado el éxodo de mexicanos con características diferentes a los migrantes mexicanos habituales. El capítulo de Ernesto Aguayo-Téllez, de Arun K. Acharya y de Christian I. Rivera-Mendoza (Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, México) clausura el último bloque del libro con un trabajo sobre los efectos de las diferencias salariales sobre la migración entre México y Estados Unidos. Se analizan las políticas sociales y económicas que el gobierno de México está implementando para reducir la pobreza y la desigualdad, y para que indirectamente se reduzca la migración a los Estados Unidos; y hace presente la necesidad de que existan estrategias bilaterales entre los dos países.

El concepto de integración regional que se maneja en el libro es herencia de Robert Pastor. Este autor defendió en sus trabajos la idea de una Norteamérica con un destino de unidad en una Comunidad Norteamericana. La labor académica de Pastor –y especialmente como entiende la integración regional entre Canadá,

Estados Unidos y México— es un referente imprescindible para los que hoy siguen trabajando sobre cómo profundizar el espacio regional norteamericano. En este camino se sitúa sin lugar a dudas el libro que estamos reseñando. Ahora bien, la integración regional tal como la plantea este autor puede adolecer de una cierta ambigüedad sobre la naturaleza de la cooperación regional y las políticas comunes que los tres países tienen que poner en práctica para la creación de la Comunidad Norteamericana. Como digno heredero, en conjunto, el libro de Genna y Mayer-Foulkes, también. La integración regional norteamericana —en un destello de realismo— se aleja de la necesidad de la supranacionalidad. Esto la distingue de la integración regional europea, aunque el discurso no deja de evocarla. El trabajo está atravesado por la creencia de que la integración profunda es buena para los países miembros de un grupo regional, y que por lo tanto es un objetivo deseable y necesario. Sin embargo, a partir de aquí, la integración a la que se refieren los autores del libro se convierte en cooperación, y no se discute sobre la naturaleza de las instituciones.

En conjunto, nos encontramos ante un libro de mucho interés por la importancia de los temas que trata y por la amplitud con que lo hace. Además, ofrece una visión coherente de las dificultades que subyacen en el proceso de integración norteamericano, lo que lo desmarca de un trabajo que defienda una tesis posibilista y excesivamente optimista. Adicionalmente, añade especial valor que se haga de una manera interdisciplinaria. Esto último permite estudiar la problemática de la integración en América del Norte profundizando en la esencia del modelo regional norteamericano y sus implicaciones para el contexto económico, político, social e histórico-cultural de los problemas que aborda. Es también valioso que los autores se hayan puesto como objetivo indagar la realidad actual del TLCAN para permitir ofrecer alternativas que se puedan incorporar en una posible agenda futura, a partir del marco analítico común que ofrece el institucionalismo. Por lo tanto, para estos autores el futuro de la integración norteamericana es una cuestión de expectativas sobre la consolidación o evolución de un modelo regional que se tiene que profundizar y

ampliar, porque es necesario para resolver los problemas que tienen los países miembros. Y para lo anterior, el desarrollo institucional es esencial.

ÁNGEL MARÍA CASAS GRAGEA

Pía Riggirozzi y Diana Tussie (eds.), *The Rise of Post-Hegemonic Regionalism: The Case of Latin America*, Londres, Springer, 2012, 194 pp.

¿Cuál es la relación entre cambios en la estructura del poder internacional y las dinámicas políticas en la región de América Latina? Con la aparente pérdida de influencia en la región por parte de los Estados Unidos, junto con la llegada al poder de gobiernos izquierdistas, muchos analistas han caracterizado a América Latina en términos de posterioridad: post-consenso de Washington, post-neoliberal, post-hegemonía.¹ En este contexto, la creación de nuevas organizaciones en la región –como la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC)– plantea la posibilidad de que los países latinoamericanos estén utilizando la cooperación e integración regional para aumentar su proyección internacional y lograr mayor autonomía.

Abordando este tema, el libro editado por Pía Riggirozzi y Diana Tussie propone que estos nuevos mecanismos de cooperación

¹ John Burdick, Philip Oxhorn y Kenneth M. Roberts (eds.), *Beyond Neoliberalism in Latin America? Societies and Politics at the Crossroads*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009; Benjamin Arditi, “Arguments about the Left Turns in Latin America: A Post-Liberal Politics? ”, *Latin American Research Review*, vol. 43, núm. 3, 2008; Jean Grugel y Pía Riggirozzi (eds.), *Governance after Neoliberalism in Latin America*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009; Laura Macdonald y Anne Ruckert (eds.), *Post-Neoliberalism in the Americas*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2009; Julian S. Yates y Karen Bakker, “Debating the ‘Post-Neoliberal Turn’ in Latin America”, *Progress in Human Geography*, vol. 38, núm. 1, 2014.

representan un nuevo tipo de regionalismo, lo que las autoras caracterizan como “posthegemónico”. Este último término se refiere a la hegemonía en dos sentidos, ambos relacionados: la hegemonía estadounidense en el hemisferio y la hegemonía global neoliberal. Riggiozzi y Tussie presentan argumentos sólidos en cuanto al surgimiento de un regionalismo posthegemónico en dos sentidos –un regionalismo que rechaza el liderazgo histórico de la gran potencia del norte y que, a la vez, busca alternativas al modelo neoliberal de desarrollo. Por eso, las autoras aseveran que los procesos de regionalismo en América Latina “presentan una complejidad que desafía tanto la noción del regionalismo defensivo como la gobernanza liberal promovida por los EE. UU.”.² Además, como señala Olivier Dabène, tanto la ALBA como la Unasur representan “una nueva agenda de integración que va mucho más allá de la facilitación del comercio, a la vez que refleja una nueva manera de concebir los intereses comunes en la región y conlleva también la provisión de bienes comunes regionales”.³

En el primer capítulo, Riggiozzi y Tussie elaboran el marco teórico del libro, explicando lo que entienden por regionalismo posthegemónico. Detallan el aspecto dual del término. Por un lado, el rechazo del modelo neoliberal por muchos gobiernos en la región significa el retorno del Estado como actor principal en el ámbito económico, además de un papel protagónico en los proyectos regionalistas. Por otro lado, subrayan el hecho de que los procesos de cooperación e integración analizados en el libro se hayan desarrollado sin presión o interferencia por parte de los Estados Unidos. Sin embargo, el concepto de posthegemonía es utilizado de manera un poco problemática. En cuanto al modelo económico, aunque es cierto que algunos gobiernos, sobre todo el de Hugo Chávez y desde 2013 de Nicolás Maduro en Venezuela, han adoptado políticas que no son liberales y que podrían calificarse

² Pía Riggiozzi y Diana Tussie, “The Rise of Post-Hegemonic Regionalism in Latin America”, en Pía Riggiozzi y Diana Tussie (eds.), *The Rise of Post-Hegemonic Regionalism: The Case of Latin America*, Londres, Springer, 2012, p. 11.

³ Olivier Dabène, “Consistency and Resilience through Cycles of Repoliticization”, en Pía Riggiozzi y Diana Tussie (eds.), *The Rise of Post-Hegemonic Regionalism: The Case of Latin America*, Londres, Springer, 2012, p. 63.

como socialistas, no queda claro todavía si estamos presenciado el nacimiento de una alternativa al modelo económico que predomina en el mundo hoy por hoy. Dicho de otra manera, si bien se observan experimentos con políticas heterodoxas en algunos países en la región, tal vez sea pronto para considerar una posthegemonía emergente como término sinónimo del postneoliberalismo. Por otra parte, es fácil exagerar la pérdida de influencia de los Estados Unidos en la región. Aunque el fracaso de concluir un área de libre comercio para las Américas (ALCA) fue señal para muchos de la disminución del poder de Estados Unidos en la región, este último se adaptó a la situación concluyendo un tratado de libre comercio con los países de Centroamérica y República Dominicana (DR-CAFTA) Asimismo de acuerdos comerciales con Chile, Colombia y Perú. Asimismo, sólo la ALBA pretende representar un regionalismo alternativo al modelo socioeconómico que predomina en el mundo actual. Unasur y las otras organizaciones regionales con más años de existencia, como Mercosur, la Comunidad Andina, Caricom y el Mercado Común Centroamericano, buscan una mayor integración comercial regional y hasta política en algunos casos; con todo, operan dentro de un marco de la globalización capitalista y no pretenden buscar alternativas a esta última.

No obstante lo anterior, los capítulos del libro ofrecen análisis detallados sobre varios aspectos de los nuevos mecanismos de cooperación e integración latinoamericanas que no suelen ser objetos de estudio. El capítulo de Ricardo Carciofi, por ejemplo, estudia la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA). Es un caso muy interesante y Carciofi hace buen trabajo en destacar tanto las posibilidades como los límites actuales de este proyecto. Otras dimensiones de regionalismo que no se han estudiado suficientemente son la cooperación en defensa y en materia monetaria, temas analizados en los capítulos de Jorge Battaglino y Pablo Trucco. Battaglino demuestra cómo el Consejo de Defensa Suramericano no solamente fortalece la cooperación regional, sino que también responde a una necesidad de coordinación regional que surge desde que Estados Unidos deja de cumplir ese rol. Por su parte, Trucco explica

cómo la crisis financiera global, junto con la llegada al poder de gobiernos izquierdistas, crearon las condiciones para una mayor cooperación regional monetaria en Sudamérica. Al mismo tiempo, y volviendo al tema ya señalado sobre el concepto de posthegemonía, la cooperación monetaria es un buen ejemplo de mecanismos del regionalismo que responden a la pérdida de influencia de los Estados Unidos –sobre todo en América del Sur–, pero que conforman el modelo económico hegemónico global.

En realidad es en Sudamérica, y no en Centroamérica ni en el Caribe, donde los procesos de integración posiblemente posthegemónicos se están desarrollando. Por lo tanto, los últimos cuatro capítulos del libro se dedican a analizar sus posibilidades, desafíos y limitaciones actuales. Marcelo Saguier identifica y analiza una profunda tensión en el regionalismo sudamericano. Por un lado, destaca un proceso de creación de una suerte de identidad y comunidad política en la región, “centrada en valores y prácticas compartidos que rechazan la narrativa que dice que el neoliberalismo y el regionalismo abierto son las únicas posibilidades para una gobernanza interamericana”.⁴ Por otro lado, los proyectos de desarrollo económico de los gobiernos de izquierda están basados en gran medida en la extracción de recursos naturales, sobre todo en los sectores energéticos y mineros. Como demuestra Saguier, es precisamente en los mecanismos de integración regional de las industrias extractivas donde se produce un choque con las ideas y valores asociados con un desarrollo post-neoliberal. La evidencia de este choque son los conflictos “socio-medioambientales” que detalla Saguier.

Siguiendo con las contradicciones, en su capítulo Andrés Serbin cuestiona el aspecto progresista de iniciativas como ALBA y Unasur, sobre todo por la falta de mecanismos para facilitar la participación de los grupos de la sociedad civil y los movimientos sociales. Para Serbin, resulta irónico que la falta de democracia en

⁴ Marcelo I. Saguier, “Socio-Environmental Regionalism in South America: Tensions in New Development Models”, en Pía Riggirozzi y Diana Tussie (eds.), *The Rise of Post-Hegemonic Regionalism: The Case of Latin America*, Londres, Springer, 2012, p. 125.

los procesos de integración del regionalismo abierto como el ALCA, que en buen parte provocaron un desencanto con el neoliberalismo, se repite en los nuevos proyectos de regionalismo supuestamente posthegemónicos. Aunque Serbin tiene razón en llamar la atención a la falta de mecanismos para fomentar la participación de la sociedad civil, su enfoque en lo institucional pierde de vista el protagonismo de los movimientos sociales y organizaciones civiles, por lo menos en el caso de la ALBA, en abrir nuevos espacios para su participación y hasta influir en la forma que se desarrolla ese modo de integración. Por lo tanto, quizás sería mejor considerar la ALBA como la formación incipiente de un nuevo espacio político regional donde distintos actores luchan por definir cómo construir alternativas al modelo neoliberal imperante.

En cualquier caso, el capítulo de Andrés Malamud deja claro que si bien el regionalismo alternativo en Sudamérica todavía es principalmente la creación de unos Estados en la región, parece difícil que la hegemonía estadounidense, que se atenúa, sea reemplazada por una nueva hegemonía regional brasileña. Eso, explica Malamud, es resultado de varios factores, tanto internos en Brasil como externos en la región. En cuanto a los primeros, Malamud asevera que Brasil todavía carece de la capacidad, además de la voluntad, de asumir el papel de líder regional. También, señala que otro obstáculo radica en que otros países en la región no están dispuestos a aceptar el liderazgo brasileño. Entonces, desde la perspectiva realista de Malamud, resulta complicada la construcción de un regionalismo sólido en ausencia del liderazgo fuerte por parte de una de las potencias regionales. A falta de eso, según el autor, no se puede esperar mucho de los procesos de integración analizados en el libro.

A reserva de los pronósticos y los resultados observados por el momento, resulta evidente que los procesos de regionalismo en América Latina, y sobre todo en América del Sur, tienen implicaciones no solamente para la estructura del poder en la región, sino también para las posibilidades de alternativas al modelo neoliberal global. Este libro ofrece análisis importantes para entender las dinámicas políticas actuales en la región y un aporte para repensar los modelos teóricos sobre el regionalismo en general. Por eso el

libro será de interés no solamente para los que estudian la política latinoamericana, sino también para los que analizan procesos de regionalismo en general y que dedican atención especial a las dinámicas contemporáneas del poder internacional.

JASON WEIDNER

Joseph Hodara, *Víctor L. Urquidi. Trayectoria intelectual*, México, El Colegio de México, 2014, 240 pp.

La trayectoria del pensamiento de Víctor L. Urquidi es importante porque a lo largo de ella se puede conocer el perfil de un intelectual destacado y además porque permite tomar el pulso al estado de la sociedad, de las instituciones y de las personas con las que interactuó como testigo y actor importante en México desde la Segunda Guerra Mundial.

La amistad y cercanía del autor del libro con su personaje por más de tres décadas no impiden a Joseph Hodara observarlo con rigor crítico para reconocer los aciertos y logros, y distinguir las flaquezas y fracasos de este liberal progresista, este agnóstico y humanista que nunca buscó ni aceptó militancia partidaria alguna, ni puestos políticos ni negocios, y que si tuvo en alto la democracia y la equidad, tampoco dirigió críticas severas o pronunciamientos contestatarios o rebeldes que rebasaran lo que podía tolerar el autoritarismo del sistema político mexicano, en contraste con muchos otros intelectuales latinoamericanos. Seguramente los cargos de responsabilidad que tuvo en las instituciones gubernamentales e internacionales influyeron; también los cuatro sexenios gubernamentales que transitó como presidente de El Colegio de México, donde debía defender la libertad de cátedra frente a la dependencia económica.

Hodara muestra la profunda impronta que dejaron en Urquidi sus orígenes familiares y la red de relaciones que se tejieron alrededor de su cuna; gracias a eso y a su talento, pudo acceder a puestos clave en instituciones gubernamentales, internacionales y

académicas. Sin duda es un mérito de Hodara develar la importancia que tienen las relaciones sociales en el desempeño y la trayectoria profesional de los sujetos, así como las influencias culturales. Por ejemplo, hace ver que la diversidad de culturas de los padres de Urquidi –latina y sajona– marcaría algunos rasgos peculiares de su carácter, una mezcla de cortesía y brusquedad. Su madre, Mary Bingham, era una australiana que vivió parte de su infancia en Nicaragua y de su juventud en Nueva York, donde conoció a Juan Francisco Urquidi, mexicano norteno de antecedentes vascos y pensamiento liberal, “maderista de hueso colorado” y amigo cercano de Alberto Pani, a quien acompañó y sirvió en funciones diplomáticas en París, lugar donde nació Víctor. A diferencia de gran parte de las familias tradicionales de México, “su madre se constituyó en la principal protagonista del hogar mientras que el padre procuraba suavizar su ejercicio autoritario”, al tiempo que traducía al español obras del teatro inglés. Esas dos influencias, el carácter vertical de su madre y la exquisita sensibilidad literaria de su padre, así como sus matrimonios con mujeres no mexicanas, son para su biógrafo elementos que lo distinguen de otros miembros de las élites mexicanas. Lo diferenciarán también el diálogo directo frente al discurso sinuoso de muchos de sus colegas mexicanos, lo que no está reñido con un profundo respeto del otro, sea alumno, colega, familiar o adversario.

Los frecuentes y prolongados viajes y estancias en el extranjero que Urquidi debió realizar por las obligaciones diplomáticas de su padre explican que su primera y única lengua hasta los cuatro años fuera el inglés que hablaba su madre, no el español, y que su lugar de nacimiento no fuera México sino Francia. Ese mismo oficio diplomático paterno pondría las bases para despertar su inclinación por los viajes y su acceso a diversas personalidades de la política y la cultura. Primero fue en América Latina (Colombia, El Salvador, Uruguay) y después en España, donde la Guerra Civil sorprendió a la familia Urquidi Bingham y abrió la puerta al joven de 18 años para trasladarse a Inglaterra con el propósito de estudiar economía en la London School of Economics (LSE). Aquí empieza el rastreo de la formación intelectual de Urquidi, quien siguió los cursos de varios destacados economistas (Lionel Robbins, Barret

Whale), sociólogos (Tawney) y politólogos (Harold Laski) de la LSE, de quienes más tarde traduciría libros como el *Curso superior de economía*, de su maestro Frederick Benham. Asistió también a las conferencias que dictaban en Cambridge los economistas Joan Robinson, Alfred Pigou y J. M. Keynes. Le entusiasmaron particularmente los seminarios animados por Nicholas Kaldor, quien por sugerencia suya vendría a México en los años sesenta para realizar un estudio sobre el sistema fiscal, de cuyos resultados se propondría una serie de recomendaciones para mejorar la distribución del ingreso, las cuales nunca se lograrían aplicar. Esos años en Inglaterra estuvieron marcados por su entusiasmo con la noticia de la expropiación petrolera en México, su interés por la experiencia soviética como alternativa frente al liberalismo capitalista, y ante el nazismo y el fascismo, regímenes a los que repudiaba, sin abrazar por tanto el pensamiento, el análisis y el lenguaje marxistas. Su conclusión universitaria más importante de esos años advertía que a diferencia de México, donde lo importante era escuchar a los maestros, en Inglaterra la clave era meterse a la biblioteca y leer, lo que se reflejó sin duda en su gusto por la lectura.

De regreso a su país, en 1940, se incorporó al Banco de México, dirigido por Eduardo Villaseñor, acceso que se facilitó seguramente, como lo advierte Hodara, por las buenas relaciones que tenía la familia con algunos altos funcionarios del gobierno mexicano, como lo eran Alberto Pani, Isidro Fabela (amigos de su padre y padrinos de sus hermanas María y Magdalena, la primera de las cuales ya trabajaba ahí) y Luis Montes de Oca (secretario de Hacienda 1927-1931 y Director del Banco de México 1935-1940).

En su nuevo empleo en el Departamento de Estudios Económicos del banco conoció a un personaje que tendría gran influencia en su vida y en su trayectoria: Daniel Cosío Villegas, con quien a pesar de las diferencias de edad, forjó una “profunda y excepcional relación” que perduró toda su vida. Según Hodara, sería su guía, modelo y “padre intelectual”. Él lo convencería de que en lugar de proseguir sus estudios de posgrado en el extranjero, le convenía continuar su formación de una manera más autodidacta, decisión que se reforzó con sus apremios económicos familiares, la muerte de su padre y la constatación de que en ese tiempo y en ese

contexto, muchos altos funcionarios, financieros y académicos de México ejercían sus funciones sin necesidad de estudios superiores a la licenciatura, por ejemplo, el propio Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Jesús Silva Herzog, Eduardo Suárez, Antonio Ortiz Mena, Rodrigo Gómez, Ernesto Fernández Hurtado. En un medio y un tiempo dominados por los abogados, la formación de Urquidí como economista, su incorporación rápida a los círculos de las élites gobernantes, su trabajo en el Banco de México y su dominio pleno del inglés lo convirtieron en un candidato idóneo para participar como miembro de la delegación mexicana, al lado de Daniel Cosío Villegas y bajo el liderazgo de Antonio Espinoza de los Monteros, en las reuniones de Bretton Woods. Esas reuniones pretendían hacer frente a los problemas económicos y financieros que había vivido el mundo desde la Primera Guerra Mundial: inestabilidad de las monedas, fugas de capitales, desempleo, vulnerabilidad de las balanzas de pagos y estancamiento económico, fenómenos que condujeron a la gran recesión de 1929-1932. De Bretton Woods nacerían las principales instituciones financieras multilaterales: el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Hodara presenta la tela de fondo en que tienen lugar estos acuerdos polarizados por dos economistas destacados: John M. Keynes, académico de la Universidad de Cambridge y consejero del tesoro de Gran Bretaña, y Harry White, subsecretario del tesoro de Estados Unidos después de haber sido profesor en Harvard.

Con la salida de Eduardo Villaseñor del Banco de México, y con los reacomodos del nuevo equipo, Víctor Urquidí quedó en una situación incómoda con sus colegas, por lo que se le ofreció una salida decorosa: se le encomendó una misión que estudiara los mercados de la plata, lo que lo llevó a viajar alrededor del mundo. A su regreso, sus desacuerdos con el equipo cercano al presidente Alemán se profundizaron, por lo que debió buscar su inserción en el Banco Mundial, esa joven institución que vio nacer y que muy pronto –apenas dos años duró en ella– lo decepcionó por su burocratismo y por contradecir en los hechos los propósitos altruistas que lo habían creado. Prefirió aceptar la invitación que le hiciera Raúl Martínez Ostos, un alto funcionario de la Secretaría de Hacienda y amigo de su padre, para regresar a México e incorporarse

a esa secretaría al lado de Raúl Salinas Lozano, a quien había conocido en la LSE.

Después de examinar los trabajos de Urquidi en el Banco de México y en la Secretaría de Hacienda, y de observar las conferencias que dictó como profesor en la Escuela de Economía de la UNAM, Hodara destina buena parte de su texto a presentar dos triángulos virtuosos en los que participa don Víctor. El primero de naturaleza institucional al lado de Daniel Cosío Villegas: *El Trimestre Económico*, el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. El segundo, de índole personal, se gesta a su llegada a El Colegio de México y se materializa en la profundización de la amistad y la cooperación con Daniel Cosío Villegas, José Medina Echavarría, con quien trabajaría en el Centro de Estudios Sociales, y Raúl Prebisch. Hodara se encarga de revisar sucintamente la trayectoria de estos personajes y el papel que desempeñaron en varias instituciones. La relación de Urquidi con Prebisch lo llevaría más tarde a incorporarse por siete años (1951-1958) a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) como Jefe de la Sección de Estudios Económicos.

Hodara reserva una parte importante de su trabajo a analizar el tipo de inserción de Urquidi al sistema gubernamental mexicano, la evolución de su pensamiento a través de sus escritos y sus interpretaciones y propuestas sobre la economía mexicana, el desarrollo sustentable, las políticas industriales y la necesidad de apoyar a la pequeña industria, la fallida reforma fiscal, la deuda externa, la distribución del ingreso, el petróleo, el creciente poder de las empresas transnacionales frente a los Estados nacionales, y la globalización y sus consecuencias en México, así como las estrategias que debían adoptarse ante ese fenómeno ineludible. La relación económica con Estados Unidos estaría presente desde muy pronto en las reflexiones de Urquidi; su posición era realista y circunspecta en relación con las posiciones de sus amigos Raúl Prebisch y Celso Furtado. Sin embargo, eso no le impedía asumir posiciones muy críticas sobre diversos temas específicos, por ejemplo, sobre las empresas maquiladoras de exportación y de sus consecuencias sobre las regiones donde se implantan como enclaves, en un modo de industrialización ajeno y poco vinculado al del resto del país; de ahí

que haya propuesto pasar a un esquema de postmaquila en el que se compartiera de manera más amplia la industrialización. Por otra parte, las negociaciones para la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte no le entusiasmaron.

Habla Hodara también de los silencios de Urquidi ante acontecimientos y fenómenos dramáticos: el asesinato de Trotski, la negativa del gobierno de México al desembarco de refugiados que huían del nazismo, su silencio ante la muerte del economista White, quien con Keynes había sido arquitecto de las instituciones económicas de la posguerra, el narcotráfico, el lavado de dinero y la violencia con sus efectos en la economía –la economía informal, podríamos agregar–; Urquidi tampoco destacó el problema de la corrupción que ha carcomido al sistema político y a la sociedad mexicana, ni destinó en sus reflexiones espacio para movimientos sociales como el neozapatista en Chiapas.

Sabemos por este libro que gracias a que Urquidi fue asesor en diversas secretarías y a que tenía buenos contactos en instancias clave de financiamiento, como eran Hacienda y el Banco de México, fue una figura clave para apoyar a Silvio Zavala cuando éste relevó a Daniel Cosío Villegas en la presidencia de El Colegio de México. Más tarde llega a la presidencia de esta institución, donde abrió el Centro de Estudios Sociológicos, dividió el Centro de Estudios Económicos y Demográficos en dos y promovió el inicio de diversos proyectos (Energéticos, 1980; Desarrollo y Medio Ambiente, 1981) y programas (de Ciencia y Tecnología; Interdisciplinario de Estudios de la Mujer) y consiguió los recursos para construir su sede definitiva en el Ajusco. La inauguración del nuevo nido (23 de septiembre de 1976) coincidió con una fuerte devaluación del peso, después de 23 años de mantener una paridad estable con el dólar, y marcó de manera simbólica el agotamiento del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones del que Urquidi había sido fuerte impulsor como asesor gubernamental. El cambio de sede significó una transformación cuantitativa y cualitativa de las relaciones sociales que hicieron pasar al Colegio de una familia creada en un entorno de prosperidad creciente a una compleja institución incrustada en un país cuya deuda abultada era una bomba de tiempo. En ese contexto nació el Sindicato

de Trabajadores de El Colegio de México, cuya naturaleza, activismo y huelga (1980) serán tratados en el libro.

Con base en la compilación que hizo Francisco Alba de los textos de Urquidi sobre la demografía, Hodara examina sus reflexiones y posiciones frente a la expansión poblacional de México, confrontada con el débil crecimiento económico. Al conjuntar sus preocupaciones sobre el crecimiento demográfico con las ideas de Raúl Benítez Centeno y de Gustavo Cabrera como representantes de los demógrafos mexicanos en torno a los peligros del ritmo de crecimiento poblacional, influyó notablemente en la política demográfica de México a partir de la presidencia de Luis Echeverría Álvarez. También puso en la agenda de reflexión otros temas: el desarrollo sustentable; la ciencia, la tecnología y la educación; la reforma fiscal.

Urquidi fue reconocido y distinguido por sus pares. En 1960 fue invitado al Colegio Nacional, sin embargo renunció pocos años después (1967), en parte, tal vez, por su nueva responsabilidad en El Colegio de México. Su prolongada permanencia en la presidencia (1966-1985) de esta institución cada vez más grande y compleja captó gran parte de sus energías. Si bien le impidió dedicarse de tiempo completo a investigar sobre los temas que le interesaban y lo llevó a escoger el Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo y Urbano (ahora CEDUA) después de la presidencia, en lugar del Centro de Estudios Económicos, como sería de esperarse, no frenó su esfuerzo por publicar libros y ensayos sobre México y América Latina. Compensaba estas limitaciones participando en diversos foros como el Club de Roma, creando otros como el Centro Tepoztlán o promoviendo el trabajo de los investigadores del Colegio, a muchos de los cuales enviaba textos, referencias y notas sobre los temas que sabía que estaban trabajando.

Hodara destaca el papel que desempeñó Urquidi en la descentralización del modelo de El Colegio de México en otros estados de la república al apoyar las iniciativas de diversos intelectuales para crear los colegios de Michoacán (Zamora, 1979, Luis González), de la Frontera Norte (Tijuana, 1979, Jorge Bustamante), del Bajío (León, 1982, Wigberto Jiménez Moreno), de Jalisco (Guadalajara, 1982, Alfonso de Alba), de Sonora (Hermosillo, 1982, Gerardo Cornejo), de Puebla (Puebla, Mario Carrillo).

El énfasis de Hodara está puesto en la biografía intelectual de Urquidí, no en todas las facetas de su personalidad ni en su vida íntima. Sabemos muy poco de sus gustos literarios y musicales, de sus aficiones y amistades dentro y fuera de El Colegio de México. En cambio tenemos un amplio panorama de su pensamiento, de los temas y problemas que lo ocuparon e inquietaron, gracias a la acuciosa revisión que el biógrafo hizo de sus textos, correspondencia y archivo personal. También tenemos a grandes pinceladas algunos rasgos de su personalidad que numerosos amigos y colegas confiaron en entrevista a Hodara: “directo, intolerante con las impuntualidades, humor seco [...] Soberbio para algunos y tímido para otros; déspota y sencillo a la vez; impaciente, estricto, amable, noble amigo, ardiente y arbitrario personaje [...] Pero nadie nunca puso en duda su insobornable honestidad y su talento, peregrina y excepcional virtud en los círculos que le conocieron”. Fue un observador lúcido y comprometido con la realidad nacional y participó activamente en las negociaciones y gestiones regionales e internacionales de su país.

CARLOS ALBA VEGA